

# Comentarios

## *El desafío del cambio en el FMLN*

El FMLN no tuvo capacidad suficiente para responder al aluvión mediático lanzado en su contra. No cambian demasiado las cosas si la izquierda se limita a decir que la victoria de su contrincante es ilegítima, porque se basó en el miedo, lo cual es cierto. Lo importante es que la izquierda afronte un reto que no fue capaz de afrontar y que está en la raíz del éxito de la campaña de ARENA: su falta de capacidad para transformar la percepción de la realidad de la mayoría del electorado, el cual no constituye, ni de lejos, el "voto duro" del FMLN. Los resultados electorales muestran que las mayorías no han hecho suyo el proyecto de cambio de la izquierda. Cabe aventurar que no sólo han sucumbido a las campañas trasnochadas y carentes de fundamentos, sino que las aspiraciones que encarna el partido oficial son las del electorado, que impuso su voluntad en las urnas.

Al margen de las posibles maniobras fraudulentas, que pudieron haberse dado en las elecciones —hay quienes mencionaron la incursión de extranjeros traídos expresamente para votar por el partido oficial—, lo cierto es que la diferencia por la que se impuso ARENA dice mucho de su capacidad para hacer prevalecer su pensamiento en la conciencia de los electores. A esa capacidad de crear consenso favorable para sus intereses la llamaremos "hegemonía", la cual se distingue de la imposición llana, en el sentido de que logra que el estado de cosas que conviene a ARENA se vea como lo mejor para el país.

La derecha ejerció su hegemonía a través de un amplio dispositivo mediático, que tiene a su disposición. El que el candidato de ARENA suba al po-

der de la manera en que lo ha hecho, permite augurar cuál será la tónica de su mandato. No es casual que el futuro presidente sea un empresario de las comunicaciones y sea dueño de una corporación radiofónica. La guerra mediática sucia era algo que se veía venir. Quizá jamás se sospechó que sería aplicada con tanto dolo. Sin embargo, el partido de izquierda no logró hacer mucho para conjurar el peligro. Pensó que con la estrategia de visitas "casa por casa" lograría contrarrestar una maquinaria que atacó por cuanto flanco fuera posible. El terreno de los medios es, en la actualidad, un campo decisivo, en lo que respecta a la hegemonía de un grupo socio-político. El partido de izquierda no sólo fue incapaz de neutralizar el aparato mediático de su contrario, sino que pecó de falta de astucia política para no caer en algunas celadas, que le tendieron para desacreditarlo ante la prensa. Eso dio pábulo para hacer ver que las imputaciones en su contra eran verdaderas.

Pero más allá de las respuestas inmediatas, la cuestión de cómo los valores que encarna la izquierda puedan llegar a influir a la población, es algo que está pendiente. La izquierda supeditó todo al partido político. Perdió de vista que si bien antes no disponía de las ventajas que la legalidad le otorga, en la actualidad, en el pasado, sus valores y su modo de interpretar la realidad tenían la fuerza suficiente como para organizar a la población, en torno a su proyecto político. La firma de la paz supuso una oportunidad importante para la izquierda. Desde entonces puede participar libremente, en la vida política, sin temor a la persecución en contra de sus miembros. Sus propuestas para el país pueden llegar a sectores más



— La recién pasada campaña electoral, basada en la guerra psicológica y en las amenazas de despidos de algunos empresarios, permite vislumbrar cuál podría ser la tónica de las próximas elecciones para la Asamblea Legislativa y para los gobiernos municipales. Hay que hacer un esfuerzo por desmontar la maquinaria del miedo, que viene a reemplazar a la maquinaria del fraude electoral. Ese esfuerzo va más allá de reformular la estrategia mediática del partido de izquierda. Pasa por una revisión a fondo de lo hecho durante la campaña y pasa también por una reestructuración radical de las estructuras partidarias, para que estas se encuen-

amplios de la población gracias a la prensa. Al menos en teoría. La práctica demostró varias cosas. En primer lugar, el poder de cooptación de la prensa. Al hacer que la política dependa de su soporte mediático, muchas veces, las decisiones obedecen a problemas de imágenes y no a la urgencia de resolver problemas estructurales. La derecha lo sabe muy bien y ha jugado con gran habilidad esta carta. La izquierda, por el contrario, se metió al juego electoral-mediático, presumiendo que la mera corrección ideológica y la trayectoria política de su candidato eran cartas de victoria. Menospreció la capacidad difamatoria de su adversario y el poder de los miedos atávicos hacia el "comunismo".

Por otra parte, la mayoría de los medios de comunicación "alternativos", sean próximos o no a la izquierda, por diversas razones, aún no logran llevar al gran público un mensaje distinto al discurso del de las clases hegemónicas. El caso de las emisoras ex guerrilleras es el mejor ejemplo de cómo ese "periodismo alternativo" no supo resolver la cuestión sobre cómo actuar en tiempos de paz. Estas emisoras, al no saber conjugar la necesidad de transmitir un mensaje político con la de llegar a la audiencia, terminaron privilegiando lo primero y perdieron su identidad. Otras experiencias en el campo radiofónico demuestran cómo es posible conjugar una identidad política distinta a la de los grupos hegemónicos, junto a una programación que llega a un público sumamente amplio. El problema no es tanto sortear el bloqueo publicitario, que impone la gran empresa, sino el de concebir maneras creativas de llegar al gran público sin desvirtuar el mensaje, que se pretende dar.

tren a la altura de los tiempos. Por parte de la izquierda en su conjunto, el reto de ganar la hegemonía en la producción del pensamiento implica ver que el partido electoral no ni el principio, ni el fin de todo. Más allá del esfuerzo partidario, la izquierda tiene que tomar la educación política y la formación integral —comenzando por la de su militancia— como preocupaciones serias y de largo plazo. Es cierto que la izquierda no tiene grandes consorcios mediáticos a su disposición, pero también es cierto que acercándose a la gente y dándole elementos para fortalecer su capacidad crítica, puede hacer mucho. Crear una visión crítica de la realidad, y no conformarse con predicar a los convencidos, tiene que ser una preocupación de la izquierda. De lo contrario, las armas de la derecha —el fraude, la coerción, la desinformación y el miedo— siempre estarán listas para sacar las castañas del fuego.

El desafío se dio en un contexto caracterizado por el desgaste político, después de tres períodos de ARENA al frente del Ejecutivo. Obviamente, las figuras del FMLN que dirigieron la campaña electoral deberán bajar del estrado para cederle el paso a nuevos dirigentes. Es el camino normal que suelen seguir los partidos políticos. Incluso, un partido cuyo nivel de democracia interna es cuestionable —nos referimos a ARENA— no ha vacilado en hacer cambios, en su dirección y en sus candidatos, después de un revés electoral. No es que el partido de derecha sea un ejemplo a seguir. Lo único que se está diciendo es que debe hacerse una lectura realista de los hechos, y si una dirigencia y una estrategia no dieron los resultados esperados, lo lógico es hacer cambios.

Ahora bien, no se trata de cualquier tipo de cambios. No pasó mucho tiempo sin que algunos dirigentes departamentales y alcaldes se pronunciaran abiertamente porque la actual comisión política —la máxima autoridad partidaria, en manos del sector “ortodoxo”— renunciara. La situación es delicada. Porque si bien es cierto que la censura aplicada a quienes expresan una opinión contraria a los dirigentes no tiene cabida en un partido que se dice democrático, también es cierto que no puede perderse de vista que la prensa afín al poder, no pierde la oportunidad para minar la credibilidad del FMLN, sobre todo si le preparan el camino. No es que avalemos la censura impuesta por la actual dirección del FMLN para aparentar que en su seno no ocurre nada, pues se trata de una medida, sin duda, autoritaria; pero sus miembros deben tener cuidado sobre cómo ventilar el descontento ante unos medios de comunicación, que distan mucho de ser amigos del partido.

El resultado de esta falta de cautela no se hizo esperar. Los medios le dieron amplia cobertura a una disputa campal por la posesión de una sede del FMLN, ubicada en el centro de la capital. La imagen que captó el instante en que dos mujeres robustas, una “ortodoxa” y otra “renovadora”, se iban a las manos, era la muestra elocuente para los lectores de que el partido de izquierda está todavía en la época de las cavernas y que, por lo tanto, la derecha es decente y madura, pues ya está hablando de concertación. Dicho de otro modo, la manera de ventilar las diferencias internas no ha podido ser más contraproducente.

De nada sirve el cambio de unas caras por otras, si no hay profundos cambios de mentalidad y de prácticas. El FMLN debe echar mano de la democracia interna para fortalecerse. Si bien, la retórica propia de los años de la lucha armada ya no tiene sentido, el partido debe recurrir a algo muy importante, que reivindicaba durante la guerra. En aquel tiempo, se presentaba como un poder emergente, de carácter democrático e incluyente, distinto al poder excluyente y autoritario de las elites militares y económicas, en el gobierno. Más que recurrir a la retórica democrática, el FMLN debiera arraigarse en esas mayorías a las cuales dice representar —y que votaron, movidas por el miedo o el desconocimiento, en contra suya.

La reestructuración que necesita no puede pasar por alto la composición del poder interno. Al parecer, hay dos grupos (probablemente sean más)

bien diferenciados: los llamados *ortodoxos*, liderados por cuadros dirigentes de la época de la guerra, y un sector al que podría llamarse *renovador*, no sin el temor de que se le confunda con los miembros del Movimiento Renovador, una fracción del partido que se escindió hace unos años. Ese sector *renovador* fue derrotado, tanto en la elección de las máximas autoridades del partido, como en el proceso de designación de la fórmula presidencial para las elecciones recién pasadas. El primero se caracteriza por un discurso público de confrontación y reivindica el carácter revolucionario del FMLN; el otro, tiene un tono más moderado. Sin embargo, el programa político del partido más bien parece inclinado hacia un pensamiento socialdemócrata que hacia la construcción del socialismo. En ese sentido, habría que ver si las diferencias entre ambos agrupamientos son, en lo fundamental, de carácter político-ideológico, o, más bien, obedecen a intereses de grupos de poder.

El fracaso electoral es percibido por este sector como una oportunidad para pasarle la cuenta a la dirección actual. Hay otros agrupamientos dentro del partido de izquierda que, al menos aparentemente, están en contra del enfrentamiento entre *ortodoxos* y *renovadores* y que favorecerían la unidad partidaria. Sin embargo, esta posición no parece tener mayor fuerza política. Más bien, los agrupamientos que abanderan posiciones encontradas son los que concitan el mayor número de simpatías, en el seno del FMLN.

Es probable que haya que empezar por asumir las diferencias que existen y concebir un esquema de democracia interna, que parta de esa diversidad. Esos agrupamientos partidarios deberán alcanzar un mínimo de entendimientos, que preserve la unidad del partido, no a partir de la imposición, sino de la asunción de las divergencias. No es bueno, ni para el FMLN, ni para el país, que cuando las diferencias de intereses en el seno del Frente se discuten con intensidad, ello concluya en escisiones internas.

Pero más que un acuerdo entre los dirigentes de los agrupamientos partidarios, lo que necesita es escuchar a sus bases, que son las que le dan su sentido de ser. Debe abandonar de una vez por todas la idea de que es la dirigencia la que siempre sabe qué es lo mejor para el partido. Este es el primer paso de una tarea aún mayor, pero igualmente necesaria: fortalecer los vínculos con la sociedad, no ya desde la subordinación de las “ma-

sas” a la “vanguardia”, sino a partir del respeto. El respeto no es sinónimo de aceptación ciega, ni de ausencia de propuestas. Ahora es cuando más se necesita la discusión y las propuestas. Es lo que

demanda el reto de construir una alternativa ética y viable para el nuevo quinquenio de neoliberalismo que recién comienza.

LUIS ALVARENGA

